

# Una clínica «engenerada»: Hacia un psicoanálisis que empuje hacia adelante



ELINA CARRIL<sup>1</sup>

DOI: 10.36496/N136-137.A3

ORCID ID: 0000-0002-4123-0844

RECIBIDO: MARZO DE 2023 | ACEPTADO: MAYO DE 2023

## RESUMEN

El psicoanálisis ha descubierto verdades, que se han propuesto como universales, a las que hay que someter permanentemente a revisión para despejar en ellas su posible impregnación histórica. Este artículo propone trazar algunas líneas que reflejen la complejidad de algunas situaciones clínicas que nos enfrentan a tener que abrir caminos de comprensión y teorizar acerca de fenómenos tales como la violencia de género sobre las mujeres en el ámbito de las relaciones erótico-afectivas o los efectos psíquicos del abuso sexual infantil en la vida adulta. El psicoanálisis que incluye la perspectiva de género ha abierto vías fecundas de comprensión en la clínica, así como ha recusado la ilusión universalista de algunos

1 Miembro habilitante de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica. elicarril@gmail.com

postulados clásicos sobre la sexualidad y subjetividad de mujeres y varones. Desde esta perspectiva teórica, y con los aportes de J. Laplanche y S. Bleichmar, la autora comenta, a modo de ilustración, tres situaciones clínicas cuyo punto en común son mujeres abusadas en su infancia.

**DESCRIPTORES:** VIOLENCIA / GÉNERO / MUJER / MATERIAL CLÍNICO / IDEOLOGÍA  
/ MÉTODO PSICOANALÍTICO / ABUSO SEXUAL

## SUMMARY

Psychoanalysis has discovered truths that have been proposed as universals – these must be permanently reviewed to clear up their possible historical impregnation. This article aims at drawing some lines that reflect the complexity of some clinical situations, which confront us with having to open ways of understanding and theorizing about phenomena such as gender violence against women in erotic-affective relationships or the psychic effects of child sexual abuse in adult life. Psychoanalysis with a gender perspective has opened fruitful paths of understanding in the clinic and has also challenged the universalist illusion of classic postulates on the sexuality and subjectivity of women and men. From this theoretical perspective and with the contributions of J. Laplanche and S. Bleichmar, the author comments, by way of illustration, three clinical situations whose common ground is being women abused in their childhood.

**KEYWORDS:** VIOLENCE / GENDER / WOMAN / CLINICAL MATERIAL / IDEOLOGY  
/ PSYCHOANALYTIC METHOD / SEXUAL ABUSE

Pero, renunciamos de antemano a pretender validez universal para nuestras conclusiones y nos consolamos con esta reflexión: dados nuestros medios presentes de investigación, difícilmente podríamos hallar algo que no fuera típico, si no para una clase íntegra de afecciones, al menos para un grupo pequeño de ellas.

Sigmund Freud

El pensamiento freudiano que puso en jaque a las concepciones de la época acerca de la sexualidad e hizo visible los malestares producidos por los dispositivos represores, se ha convertido en algo más que una teoría acerca de los procesos que regulan y normativizan la sexualidad: es, como ha dicho Rubin (1975/1986), uno de esos mecanismos de regulación.

El psicoanálisis ha descubierto verdades que se han propuesto como universales, a las que hay que someter permanentemente a revisión para despejar en ellas su posible impregnación histórica. La respuesta frente a la diferencia de los sexos podría ser una de ellas. La castración o el complejo de Edipo, otras. Lo universal al cual aspira la teoría analítica es producido muy a menudo solo por la universalización de un particularismo cultural, el género, la sexualidad, la clase, la cultura o la etnia. Tales o cuales fantasmáticas de los sujetos particulares han sido elevados, con revisión escasa, a la categoría de características y ordenadores psíquicos universales (Bleichmar, 1999).

De mi trabajo con mujeres víctimas de violencia de género (en todas sus expresiones) o con mujeres que relataron, ya adultas, sus experiencias –terribles– de abuso sexual por parte de sus padres, abuelos, tíos o cuidadores, tomé como un imperativo ético creerles. También, como una toma de principios, pensar cuáles herramientas me estaban siendo útiles (les estaban siendo útiles) y cuáles artefactos teóricos debía dejar por el camino. Como sostiene Bletscher (2017), a través de la reproducción de discursos y posiciones de muchas instituciones psicoanalíticas, algunos postulados que han quedado alejados de las subjetividades contemporáneas se siguen sosteniendo en una maquinaria endogámica, que evita poner bajo caución las teorizaciones canónicas.

Propongo en este artículo trazar algunas líneas para pensar y poder practicar un psicoanálisis que, como dice Tajer (12 de mayo de 2020), no

nos avergüence. Que refleje en sus teorizaciones la complejidad y pluralidad deseantes de los sujetos contemporáneos, que pueda abrir más caminos de comprensión acerca del impacto subjetivo de fenómenos tales como la violencia de género sobre las mujeres o los efectos del abuso sexual infantil en la vida adulta.

La pregunta que formuló Wallerstein (1988) hace ya varios años sobre si se podría seguir hablando de un único psicoanálisis, dada la dispersión y multiplicidad de teorías dentro del propio psicoanálisis, ya se ha contestado: hay varios psicoanálisis. Como dice Jiménez (2004), la actualidad del pensamiento muestra una enorme pluralidad de posiciones teóricas y prácticas, por lo que es necesario asumir una concepción pluralista. Muchas teorías que, sin dejar de lado la necesaria vigilancia epistemológica, nos permiten comprender –no explicar– las formas actuales del padecimiento psíquico. Un psicoanálisis que nos habilite a pensar, por ejemplo, las diferentes formas de expresión de la sexualidad, deconstruyendo mitos y discriminando de esta manera las teorías sexuales que producen los niños de las teorías acerca de la sexualidad de los propios psicoanalistas, impregnadas de presupuestos patriarcales y heteronormativos. O un psicoanálisis y, por lo tanto, psicoanalistas que habiliten una práctica no desgajada del contexto social, que no miren para el costado y puedan escuchar dolores que no provienen –solo– de las peripecias de sus historias infantiles. Como han sostenido Lema y Tejería (junio de 2020):

Consideramos que nuestra construcción como psicoanalistas va de la mano de nuestra construcción como sujetos, y que, si fuimos sujetos de la modernidad, hoy somos sujetos de nuestro tiempo, construyéndonos a nosotros mismos y a nuestras prácticas, en constantes procesos identificatorios y desidentificatorios, interpelados por nuevos modos de sufrimiento, y por la necesidad de dar vuelta, de poner patas para arriba nuestras certezas.

Máxime en estos tiempos en que vemos resurgir de manera global, y en nuestra región en particular, un retroceso en algunas conquistas en materia de derechos, efecto de la acción de movimientos de extrema derecha, con sus discursos de odio al diferente, al pobre, a los excluidos en las sociedades

capitalistas, así como el recrudecimiento de los casos de violencia contra las mujeres y los femicidios y transfemicidios –particularmente en América Latina–, y la amenaza del avance de los fundamentalismos religiosos. En el año 2020, la pandemia del Covid-19 vino a dislocar muchas de nuestras certezas y nos enfrentó a la realidad, no siempre asumida, de la fragilidad de nuestra existencia, sin mencionar las gravísimas consecuencias económicas y sociales que tuvo y sigue teniendo para todas nuestras sociedades, así como los efectos subjetivos aún no estudiados en profundidad, dada la cercanía temporal con este fenómeno.

Toda práctica social es política, y el psicoanálisis es una práctica social; entonces, ¿el psicoanálisis es político? Para Tort (2016) existe una política del psicoanálisis, lo que quiere decir, por una parte, que las cuestiones políticas, en particular lo que desde los años veinte se denomina la «política sexual» –la de las relaciones de género y de sexo, y sus vínculos con los principios políticos de libertad, de igualdad– dividen a los psicoanalistas tanto como a los demás, como ciudadanos, como psicoterapeutas, como miembro de las instituciones o como francotiradores (pp. 39-40). Con frecuencia, ciertas aseveraciones contundentes que salen de los campos psicoanalíticos, lejos de resultar de la experiencia analítica, vienen de los más rancios prejuicios no analizados y obturan una acción. Sería necesario, continúa diciendo Tort, que los psicoanalistas tuvieran un mayor recaudo cuando son convocados a plantear sus opiniones en foros o debates respecto de algunos temas muy candentes: matrimonio homosexual, homoparentalidad, identidades trans, entre otros, para distinguir «lo que es propio de estereotipos milenarios vestidos con peletería psicoanalítica» (p. 40).

Cuando Freud se topa con la aparente sinrazón de los síntomas histéricos, disloca y hace estallar la explicación de la psiquiatría de la época y, en su lugar, cuestionando lo dicho, investigando y apoyándose en otros saberes, busca comprender para curar y después encontrar el sentido y el origen de los síntomas. Al habilitar la palabra a las protagonistas, funda un campo de conocimiento, que es a la vez ciencia y arte, teoría sobre lo psíquico inconsciente, tratamiento para el sufrimiento y método de investigación. Pero ¿cómo se puede seguir siendo freudiana y no quedar embarrada, atascada en tantos de sus postulados que hoy resultan erróneos?

Siguiendo a Silvia Bleichmar (2005), es necesario separar, por un lado, aquellos enunciados de permanencia que trascienden los cambios en la subjetividad que dependen de las modificaciones sociohistóricas y políticas, de los elementos permanentes del funcionamiento psíquico que no solo se sostienen, sino que siguen teniendo una gran vigencia, dado que, por ahora,

es el único horizonte explicativo posible para estos nuevos modos de emergencia de la subjetividad. Para ello es necesario tomar los paradigmas de base del psicoanálisis y, en muchos casos, darlos vuelta, «ponerlos sobre sus pies», sacudirlos en todas direcciones para que puedan quedar en condiciones de ser reposicionados en el campo general de los conocimientos del futuro. (p. 120)

Así como S. Bleichmar propone sacudir esos paradigmas, Jean Laplanche ya desde *Vida y muerte en psicoanálisis* (1970/1973) insiste en que hay que hacer con la obra freudiana una lectura literal, crítica e interpretativa. Y para eso, sostiene que hay que volver «sobre Freud». Este autor dice que se debe (o él debe) cuestionar, problematizar, poner en debate algunos de los conceptos que, habiendo partido de unos fundamentos extemporáneos al psicoanálisis, llevaron a una buena parte de la teoría a cierto punto muerto. Propone «nuevos ordenamientos» o «nuevos fundamentos» o, mejor, una organización nueva de postulados tales como la pulsión y el origen de la sexualidad, el narcisismo, la fundación de la tópica, o las fantasías primordiales (u originarias), poniendo así a trabajar al psicoanálisis (Laplanche, 1987/1989).

¿Qué entiende Laplanche por poner a trabajar al psicoanálisis? Hacer trabajar a un autor -en este caso, a Freud- es para Laplanche «empujar sus contradicciones para que den a luz», por así decirlo, para que entreguen el alma» (p. 150). Con estas frases, este autor se refiere a la aplicación del método psicoanalítico a la obra escrita de Freud (no al hombre como tal), es decir, a las fuerzas o razones intrínsecas a la producción teórica que habían trazado sus derroteros. No se trata de descartar algo como erróneo en sí mismo, sino de recuperar el movimiento que lo hace desembocar en una vía errada para, desde allí, rehacerlo. Para Laplanche, Freud en algunos momentos de sus teorizaciones tuerce el camino por el que venía traba-

jando y elige una «falsa vía», lo que desemboca en extravíos. Uno de los ejemplos más notables de esta falsa vía es el abandono por parte de Freud de la Teoría de la Seducción, que da lugar a la concepción cuasibiológica de la pulsión, es decir, de la sexualidad (infantil), afirmando así su carácter endógeno. Propone retomar donde Freud abandonó y establece la teoría de la Seducción Generalizada, que modifica la noción de pulsión, del origen del inconsciente y de la sexualidad. Ubica la sexualidad (infantil) como exógena y prioriza la presencia del otro en el proceso de la constitución del inconsciente. Otra falsa vía es la «tentación» binarista, estructuralista con el complejo de castración, y lo que llama, con razón, «la curiosa teoría de la sexualidad femenina».

#### SEXUALIDAD + GÉNERO + PSICOANÁLISIS

Al puntuar sobre la subjetividades sexuadas y los modos en cómo estas se han ido configurando, observamos que han sido significativas las consecuencias teóricas que la inclusión del género como dimensión han tenido dentro de la teoría psicoanalítica. Ya son numerosos/as<sup>2</sup> quienes en las últimas décadas han problematizado la comprensión de la subjetividad femenina (y masculina), deconstruyendo las trazas ideológicas con las que ha sido pensada y reconstruyendo, en su lugar, un cuerpo de conocimientos que incluye, entre otras categorías de análisis, el género. La visualización de las relaciones de poder y sometimiento entre los géneros y sus efectos en las subjetividades sexuadas permitieron desterrar algunos postulados que, como decía más arriba, parecían verdades inapelables, universales y transhistóricas.

Coincidiendo –casi que sin saberlo– con psicoanalistas de las corrientes intersubjetivas anglosajonas, en particular del psicoanálisis nortea-

2 Entre las analistas del Río de la Plata, señalamos a Ana María Fernández, Mabel Burín, Irene Meler, Emilce Dío Bleichmar, Debora Tajer, Patricia Alkolombre, Eva Giberti, Rosario Allegue, entre otras. Lxs psicoanalistas norteamericanxs Jessica Benjamin, Carol Gilligan, Muriel Dimen, Nancy Kulish, Adrienne Harris, Ken Corbett también han hecho aportes significativos a la articulación del psicoanálisis con el género. En el momento actual, a su vez, las categorías de género están siendo desafiadas en forma rigurosa y creativa (Butler, 1993, 1999, Layton, 1998, Dimen, 2003; Goldner, 2003; Harris, 2005).

americano, Laplanche (2001/2007) sostiene que, en el curso de la historia individual y la constitución de la identidad, el género es anterior al sexo: el género no viene a simbolizar o a interpretar la realidad anatómica del sexo, sino que, por el contrario, esta última –la diferencia sexual anatómica– le sirve al niño para simbolizar *après-coup* la realidad cultural del género, que le es transmitida y hasta impuesta desde el nacimiento en la relación con sus objetos significativos. Así, parece inevitable otorgar toda su importancia a la idea de «asignación». Laplanche dice que, para poder identificarse con algún género, antes el niño debe *ser identificado* (por los adultos cercanos) como perteneciente a ese género (p. 167). Pero esta «identificación primaria» –que es la asignación del género– no está libre de conflicto, y a diferencia de Stoller, insiste en este aspecto conflictivo. Según él, el proceso de asignación de género es un conjunto complejo de actos que se lleva a cabo a través de lo que llama *mensajes enigmáticos*: mensajes comprometidos –cargados de significaciones inconscientes– que el niño debe traducir o comprender *après-coup*, pero que son enigmáticos también, y en primer lugar, para el adulto que los propone. De modo que el proceso está «interferido» por las fantasías inconscientes de sus protagonistas adultos, sobre todo las que están relacionadas con la constitución de su propia identidad de género. El sexo, *la percepción del sexo y su interpretación* es lo que ayudará al niño a traducir o a dar sentido a esos mensajes enigmáticos recibidos desde el origen, que difieren según cada caso particular.

¿Por qué sostengo que el psicoanálisis que incluye la perspectiva de género abre caminos de comprensión en la clínica? En primer lugar, fue necesario –y aún lo es– llevar adelante un camino de elucidación crítica y deconstrucción de la teoría, poniendo en evidencia los rasgos sexistas de los parámetros de los que partía. Este camino partió, a su vez, no solo de posicionamientos teóricos e ideológicos, sino de la propia clínica en la que se pudo constatar la inoperancia –y en muchos casos, iatrogenia– de las intervenciones cuando se trataba de comprender algunas de las modalidades del sufrimiento de mujeres y varones.

Señalo algunos de estos hallazgos: la envidia del pene por parte de las mujeres describe únicamente algunos casos de histeria, no el entero proceso de sexuación femenina. La niña ¿deseará *siempre* un pene para

orinar, penetrar y, al límite, gozar? ¿O en todo caso habrá deseado ser un varón para tener algunas de las prerrogativas que la cultura les asigna (aún en estas épocas) a los varones?

Freud y los postfreudianos del *mainstream* psicoanalítico parten de la existencia de ciertas estructuras psíquicas como universales, y en particular en la universalidad tanto del complejo de Edipo como del conjunto de sentimientos que giran alrededor de la castración. Le dan un lugar central a la angustia de castración: angustia producida por el temor a un daño corporal en el varón –el cercenamiento de su pene– y por la constatación de un perjuicio –la ausencia del mismo en la niña–. Se describen dos complejos diferentes, en los cuales, en ambos la angustia tiene un lugar central y para ambos su presencia los precipitará a caminos diferentes que tendrán, a su vez, consecuencias psíquicas diferenciadas.

Y no son menores: pensemos, por ejemplo, en la concepción también diferenciada y de diferente valencia respecto al superyó. ¿Superyó femenino más débil? Fue esa la conclusión freudiana a partir de la idea de que la amenaza de castración a una castrada por naturaleza de poco podía servir... No se puede formular que sea realmente una evidencia que la angustia de castración es un universal siempre presente en todas las niñas. Frente a la diferencia anatómica, puedan sobrevenir otras angustias no necesariamente asociadas a la falta de pene, y más vinculadas a lo orificial (Dio Bleichmar, 1997), esas puertas de entrada –o salida– que no tiene por qué ser interpretadas como ansiedad de castración o envidia del pene. Quizás reaparezcan en la adolescencia y luego en la vida adulta como miedo a la defloración y ansiedad frente a la penetración. No hay ninguna evidencia que pueda sostener la existencia de la masculinidad inicial en la niña ni su feminidad innata. Es en esas interpretaciones donde han quedado visibles el plegamiento entre las teorizaciones infantiles y las teorías de los psicoanalistas, que han hecho, de aquellas, verdades universales. Otro hallazgo es la comprobación de que los Ideales del Yo son diferentes para unos y otras o la constatación de que, en contextos tradicionales, la niña va construyendo su Yo en y con relación a otros, y que en su proceso de subjetivación, la disposición inicial al apego queda fuertemente privilegiada. Las motivaciones de apego promueven y orientan el deseo con mayor carga motivacional (maternidad, cuidar de otros). Maternar, cuidar

de otros, padecer maltratos para cumplir con esos mandatos superyoicos que tienen origen en los arreglos sociales propios del patriarcado.

La comprensión de la clínica, entonces, se amplifica y transforma cuando se articulan las teorías psicoanalíticas centradas en el sujeto, sus pulsiones y objetos, el enfoque clásico endogenista, intrapsíquico y familiarista, con los aportes del psicoanálisis intersubjetivo, que tiene en cuenta el estudio de los vínculos y su nexa con lo social-histórico, en nuestro caso, las subjetividades construidas en el patriarcado (Carril, 2018). La teoría intersubjetiva describe las capacidades que surgen de la interacción entre el *self* y los otros. Lo que la define es el énfasis puesto en la representación del *self* y el otro como seres distintos, pero relacionados entre sí. Jessica Benjamin (1996) sostiene que las teorías intersubjetiva e intrapsíquica no son opuestas, sino que son formas complementarias de entender el psiquismo. Sin el concepto intrapsíquico del inconsciente, la teoría intersubjetiva se vuelve unidimensional. Lo que propone no es invertir la opción de Freud por el mundo interno y escoger el mundo externo: se trata de captar las dos realidades.

Los padecimientos psíquicos, formaciones sintomales y modos de expresión del malestar de los sujetos contemporáneos han obligado, como ya ha sido dicho, a repensar y revisar los paradigmas de los cuales ha partido el psicoanálisis. Tajer (2020) ha advertido que la inclusión del género en la clínica psicoanalítica introduce la dimensión política, siempre presente en las relaciones entre los géneros. Desde esta perspectiva, no está cuestionado el método psicoanalítico, sino que se hace otra lectura acerca de qué es lo que causa en algunos casos el sufrimiento psíquico.

En el presente, la visibilidad del fenómeno de la violencia de género, en particular en su expresión de violencia contra las mujeres, así como las formas no hegemónicas de las identidades sexuales que han conllevado a arreglos afectivos e intercambios eróticos novedosos han interpelado a las teorías y prácticas de los psicoanalistas tradicionales.

En un trabajo anterior (Allegue *et. al.*, 2014a, 2014b) sosteníamos que el campo de la violencia de género tenía un escaso desarrollo en el psicoanálisis y que la producción de conocimiento acerca del fenómeno, su impacto en la subjetividad y las determinaciones inconscientes en el establecimiento o la permanencia en una relación destructiva no han sido estudiados

en profundidad. Destacábamos, sin embargo, algunos trabajos de psicoanalistas, quienes desde una perspectiva de género han incursionado sobre la temática de la violencia y el abuso (Meler, 1997; Giberti y Fernández, 1989; Monzón, 1999; Mendy y Quirici, 2000, Goldner, 2004; Calvi, 2006; Friedman, 2019). El psicoanálisis –con algunas excepciones, pero desde casi todas sus corrientes– lo deja en el campo sociológico (depende de la marginalidad, de la exclusión social, las adicciones, la delincuencia) o busca sus explicaciones desde la psicopatología, simplificando el análisis.

Los sesgos androcéntricos de las teorías psicoanalíticas que podríamos llamar tradicionales han producido intervenciones clínicas que, lejos de iluminar las trazas de la subordinación en la subjetividad de las mujeres que viven situaciones de maltrato en sus relaciones afectivo-sexuales o que sufrieron abuso sexual en la infancia, las han cristalizado a partir de abordajes e interpretaciones iatrogénicas.

PATRICIA, VALERIA, FELICIA:

EL ABUSO QUE SE OCULTÓ VUELVE EN LA CLÍNICA<sup>3</sup>

Solo a modo de ilustración, me referiré a tres situaciones clínicas, cuyo punto en común fue el de haber sido mujeres abusadas en su infancia.

Cuando era una psicoterapeuta psicoanalítica en formación, atendí a Patricia. Presentaba marcados rasgos y síntomas histéricos –conversivos–, elementos depresivos, conflictos en su relación de pareja y severas dificultades para hacerse cargo emocionalmente de sus hijas (tres, y seguidas). La relación con ambos padres era ambivalente, pero fundamentalmente estaba signada por el rencor y la queja. Con el padre casi no se hablaba, tampoco hablaba de él en las sesiones, y cuando lo hacía, se le mezclaban la rabia y el rencor con algo más que no definía como amor, pero que se le colaba. El cuadro era cuasiperfecto: estaba delante de una histeria, era una neurótica. Habían pasado más de dos años de iniciado el tratamiento, cuando en una sesión y hablando de su padre, emergió con dificultad y mucha angustia el recuerdo de las escenas sexuales que tenían lugar en

3 Otra versión de este apartado está publicada en Carril (2016).

el escritorio de su padre. Estos hechos se habían sucedido desde que Patricia tenía aproximadamente cinco años hasta los nueve. Cuando llegó a la adolescencia, finalmente se lo contó a la madre, y esta no le creyó. La llevaron a consulta psicológica por fantasiosa, rebelde y mentirosa. Años después me lo contó a mí. Para mis adentros, yo tampoco le creí. Cuando relataba las escenas, la paciente ponía el énfasis en que no rehuía el encuentro cuando su padre la llamaba al escritorio, a sabiendas de lo que ahí sucedería. Su relato quedaba teñido por la culpa: ¿sería que ella era culpable de lo que le hacía su padre por no negarse?, ¿por recordar tenuemente que quizás «le gustaba»? Subrayo que esto sucedió entre sus cinco y sus nueve años.

Sostenida en que Patricia relataba que ella no se negaba y que le parecía que algo disfrutaba, el cuadro se me presentaba sin fisuras: la escena de abuso era una clásica fantasía edípica. ¿Cómo pude dudar del relato de Patricia acerca de los abusos de su padre? Hice casi lo mismo que había hecho su madre. ¿Y por qué digo «casi»? Porque basculaba entre lo que decía el psicoanálisis canónico y mis incipientes lecturas y posicionamientos feministas.

Felicia consultó por estar angustiada, tener problemas con su pareja (que fue quien hizo la derivación, un colega, treinta años mayor que ella), básicamente descritos por ella como celos e inseguridad respecto a su fidelidad, pérdida de la confianza, miedo a andar sola por la noche, grandes dificultades para poder estudiar y problemas de relacionamiento en el trabajo. Había iniciado un par de años atrás una carrera universitaria, la que abandonó por no «entender» (sic) lo que se hablaba. En el momento de la consulta, había iniciado otra, que también le ofrecía dificultades: nuevamente, no entendía, no podía concentrarse, daba los exámenes y los perdía. Su primera historia familiar delataba una infancia sumamente difícil: poco después de que sus padres se separaron, Felicia fue llevada por su padre a casa de los abuelos paternos para preservarla –supuestamente– de la locura de su madre, a quien durante años vio muy poco. (La madre salía y entraba del psiquiátrico). Vivió con ellos desde los cuatro hasta los dieciocho años. La angustia de Felicia parecía interminable y se expresaba a través de un llanto sostenido y quedo durante las sesiones. Felicia lloró todas las sesiones (esto sucedió los dos primeros meses) mientras relataba

sus dificultades con el estudio, su pareja o los compañeros de trabajo. Hasta que un día me dijo que había algo de lo que quería hablar, pero le costaba demasiado. Yo le pregunté: «¿Te da vergüenza?». «Sí», me dijo. Y ahí dio comienzo al relato acerca de los abusos de todo tipo que había sufrido desde que llegó a la casa de sus abuelos. El primero de la serie, su propio abuelo; luego, su tío, hermano menor de su padre. Le creí, claro, pero antes de eso, ya tenía –casi– la certeza de que había sido abusada. Felicia vivía con su pareja, pero en forma «oculta», «secreta»: la ocultaba en su consultorio. Y algunas veces debía deambular por las calles hasta que él terminara de trabajar. Finalmente, se fueron a vivir juntos. Pero la relación era totalmente asimétrica: ella se encargaba de todas las tareas del hogar, él le daba algún dinero (para el transporte, para la terapia) y también era él quien decidía sobre todos los asuntos domésticos y conyugales. Todo sucedía en el filo del maltrato y la sumisión. Nuevamente.

Uno de los síntomas de Felicia era su dificultad para estudiar (en la universidad, porque cursó primaria y secundaria sin problemas), no entendía nada. Lo que no entendía era cómo su abuelo podía ser alternativamente su objeto de apego y sostén en la dimensión de lo autoconservativo, y al mismo tiempo el perpetrador de su intimidad. No entendía cómo podía quererlo, si le había hecho esas cosas. Esta no comprensión se traducía en la no comprensión de otros textos. Pero era su texto el que se había convertido en algo indescifrable.

Valeria me había consultado por violencia de género. Durante su proceso terapéutico, logró separarse de su marido y encarar la vida con sus hijos, y dio por terminado el tratamiento. Años después, volvió a consultar, y fue en ese momento que empezó a hablar del abuso sexual del que fue víctima cuando tenía ocho años, y que nunca había mencionado. Siempre lo tenía presente, pero no podía hablar:

Yo no me olvidé. Yo hice de cuenta que eso no había pasado, sabiendo que había pasado. Me decía: «No pasó, no pasó». Lo dejé para un costado, ¿me entendés? Pero sabiendo que estaba ahí. Mi madre y mi padre me decían «Bueno, ahora te tenés que olvidar».

Felicia fue violada por su tío, pero ella no lo significaba así.

Yo tenía trece años... y él era bueno conmigo. Cuando yo volvía del liceo, tomábamos la merienda y veíamos dibujitos en su cuarto. Y así empezó... Yo creo que me gustaba. No me negaba, además, porque él me amenazaba con contarle a toda la familia que yo lo había buscado [provocado].

Patricia, Felicia, Valeria y otros y otras han sido algunas de mis pacientes que han sufrido abuso sexual durante la infancia. Ninguna de ellas refirió, como motivo de consulta inicial, el abuso vivido. Y son bien diferentes entre sí. Como diferentes fueron sus historias, sus primeros objetos significativos y la circulación de los acontecimientos de abuso en el grupo familiar. ¿Todas las experiencias de abuso sexual sufridas por las niñas/os en la infancia determinan los mismos síntomas, definen las mismas personalidades, desembocan en los mismos trastornos psíquicos en la vida adulta? Esta casi es (o debería ser) para nosotros una pregunta retórica. Sabemos la respuesta: no siempre.

Pero estos sucesos fueron traumáticos porque, como decía S. Bleichmar (2014), pusieron en riesgo la forma en la que el yo se representa la conservación de la vida. Hay situaciones en las que el niño/a es sometido a un exceso de estímulos que no logran ser evacuados; por lo tanto, ¿qué hace? Tiene que protegerse de ellos o ligarlos para que no se produzca una ruptura que signifique una desorganización psíquica (Calvi, 2006).

En estos casos es frecuente encontrarnos con representaciones yoicas pobres, contenidos y mandatos superyoicos implacables, percepción amenazadora del mundo y defensas paranoicas frente a la angustia, sentimientos de desamparo, conflictos en el área de la sexualidad que pueden abarcar desde la ausencia de vida sexual hasta una actividad sexual compulsiva. Personas que tienen dificultad para controlar los impulsos y con tendencia a establecer vínculos de sometimiento y maltrato.

Dice Valeria:

-Y cuando Juan [el marido] me tocó la pierna, me quedé dura, no pude seguir y me puse a llorar. Me acordé del médico, creo que era el forense, que me abrió las piernas, así, fuerte, y me decía: «Abrí más, abrí más», y luego dijo: «Ah, no tenés nada». Me sentí como un pedazo de carne.

-¿En ese momento?

-No. Ahora. Con Juan, y más después de lo que pasó [él le fue infiel]. Y cuando me acuerdo, lo vivo con la misma intensidad que cuando me enteré la primera vez. Me sentí que abusó de mi confianza...

Al recordar el hecho (la revisión forense luego de la denuncia), lo significó. Cuando tenía seis años, solo podía sentir dolor, miedo y vergüenza. Y yo me detuve ahí, en «abusar de mi confianza». Ese abuso de confianza la reenvió al otro abuso, al de su infancia, cuando quien tenía que cuidarla (su vecino, una persona de confianza de la familia) se desnudaba y le hacía sacar la bombacha, y luego se masturbaba, al tiempo que le decía que no dijera nada, que eso no tenía nada de malo. Cuando Valeria se enteró de la infidelidad de su pareja y de quién se trataba, relataba convencida de que esta mujer (que a su vez era colega) la miraba con desdén y se reía de ella... La risa la asoció luego a que cada vez que se encontraba con su abusador por la calle (eran vecinos), él la miraba y se reía... Valeria interpretaba esta risa como el triunfo del abusador sobre su persona.

¿Cómo se articula el natural y esperable proceso de eroginización con el atentado que irrumpe, violentando los límites corporales, y conlleva el arrasamiento psíquico? En lo que Laplanche define como «situación antropológica fundamental», la cría humana está, desde que llega al mundo, intentando responderse y procurando significar todo lo que le viene de fuera (y de adentro...). Entre tanto ruido, la sexualidad del otro. Nacemos «sexuados», pero no sexuales. El niño/a se confronta con una sexualidad ante la cual no tiene la respuesta adecuada; entre otras razones, ahí radica su prematurez. Es una sexualidad opaca para quien la implanta (porque es inconsciente) y enigmática para quien la recibe. Por eso es traumática. La sexualidad infantil no surge de manera endógena, hay otro que la introduce a través de mensajes, mensajes verbales y no verbales, que se cuelan y se implantan (Laplanche, 1987/1989, 2001/2007).

Muchos niños/as cuando fueron abusadas/os no contaban con las posibilidades de darle significación a la experiencia y no había palabras para traducir e inscribir en el psiquismo las marcas en el cuerpo en esas zonas de intercambio, punto de focalización de los cuidados de la madre/el padre (Laplanche, 1987/1989). Siempre se trata de traducir y autoteorizar luego (hacer teoría, darle un sentido, buscar un significado) eso que viene del

otro/s. Pero acunar y bañar amorosamente –y, de paso y sin saberlo, implantar sexualidad– no es lo mismo que toquetear, mostrar y, al límite, violar.

Quien fue objeto de experiencias aterrorizantes y, como efecto de las mismas, ha visto severamente la función simbólica y la construcción de significados difiere de aquel que reprimió algo desagradable, pero ha podido mantener intacta la capacidad de atribuir sentidos a la experiencia (Bleichmar, 2005). En este caso, el contenido representacional (el recuerdo) y la palabra que le estuvo asociada son afectados por represión. En lo que llamo la desmemoria del abuso (Carril, 2018), el yo muchas veces apela a la desmentida y se escinde: una parte sabe de la existencia del abuso, pero se actúa como si se desconociera (Calvi, 2006; Monzón, 1999). Es imperativo investigar cómo lo pulsional (los deseos sexuales infantiles) se ha ido particularizando y, en cada caso, cómo se fue diversificando y articulando con las necesidades de apego. Cómo y cuáles son las defensas que el yo (en muchos casos, inmaduro) ha podido poner en marcha para evitar la angustia o el efecto de los estímulos agresivos. Cómo se fueron (siempre hablando de la sexualidad) articulando con el proceso de construcción del género.

#### PARA EL FINAL

El psicoanálisis (los psicoanálisis), que tiene una potencia transformadora y brinda las herramientas para la resolución –o, por lo menos, alivio al sufrimiento psíquico–, ve aumentada esa potencialidad cuando se permite ser transversalizado por otros campos del conocimiento.

No nos alcanzan, para comprender las ferocidades de los vínculos violentos, teorías que únicamente ponen el acento en lo intrapísquico y que no nos habilitan a comprender el peso de la cultura patriarcal en los procesos de subjetivación de hombres y mujeres, así como sus prácticas y arreglos afectivos sexuales. Las violencias cotidianas, subraya Fernández (2009), también son políticas. No tienen sexo.

Los niños y niñas abusados/as soportan violencia de todo tipo. Sin embargo, la mayoría de los psicoanalistas, aún en la actualidad, tienen dificultades (resistencias) para reconocerla como una entidad propia (Calvi, 2006). Para Calvi, es probable que estas resistencias tengan como origen los cuestionamientos e interrogantes que las/los pacientes abusa-

das/os les plantean a la teoría. ¿Cuántas mujeres y cuántos varones pasaron por terapias, análisis, dejando esas historias afuera? Tuvimos que deconstruirnos también como analistas para poder darnos cuenta de que teníamos inscritos a fuego en nuestra psique esquemas escritos por las leyes del patriarcado.

No alcanza la mirada intrapísquica, centrada en las fantasías inconscientes y en la fuerza de un deseo sexual que parte siempre del niño/a y que justifica –perversamente– el ataque incestuoso, pedófilo. No alcanza con insistir machaconamente en el Edipo como destino siempre universal que da lugar a la novela entre el nene, papá y mamá, obviando el efecto traumático y la marca indeleble que estas atrocidades dejan en la subjetividad toda. Dice Silvia Bleichmar (2014):

El Edipo debe ser concebido entonces como la prohibición con la cual cada cultura pauta y restringe, a partir de la preeminencia de la sexualidad del adulto sobre el niño, la *apropiación gozosa* del cuerpo del niño por el adulto. (p. 129; el resaltado es mío)

En estos casos y en otros de «apropiación gozosa» por parte de padres (escasas veces, también madres), cuidadores, vecinos, sujetos desviantes feroces y perversos que usan el cuerpo del niño/a, la fantasmática tejida en torno a los progenitores adquiere características particulares. Las marcas de experiencias traumáticas con sus objetos primordiales complejizan el trabajo analítico. Es con sumo cuidado que intentamos reconstruir una historia infantil no reprimida, sino renegada, más signada por el horror que por el amor. Los parámetros del encuadre tradicional (que incluye la regla canónica de la neutralidad) han debido ser revisados a los efectos de comprender y sostener situaciones clínicas que, por su gravedad o riesgo, desbordan los límites de los tratamientos convencionales. El recurso único de la palabra como instrumento prínceps de la interpretación cede muchas veces su importancia a la acción (que no es *acting*) del terapeuta. Muchas veces las/los pacientes no tienen representación psíquica de su conflicto, por lo que las sesiones pueden estar dedicadas a favorecer un proceso de simbolización y de reorganización de sus recursos yoicos.

Las víctimas lo son, lo fueron, pero el trabajo analítico consiste también en «desposicionar» paulatinamente a las/los pacientes de ese lugar, en un *tempo* individual y permitiendo un proceso de reconstitución subjetiva.

Como ha dicho Hornstein (2018), la práctica psicoanalítica no depende de la espontaneidad del terapeuta. La práctica no es sencilla porque confluyen en ella más que solamente la escucha analítica, la instalación y el manejo de la transferencia, la atención a la contratransferencia y los esquemas ideológicos de los terapeutas. Para nada la práctica es espontánea. Para nada es sencilla. Es una confluencia de la escucha analítica con muchas variables, algunas de las cuales se señalan en este artículo. ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Allegue, R., Carril, E., Kohen, V. y Tejería, S. (2014a). Violencia doméstica y psicoanálisis: Parte 1. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, 8(3), 57-72.
- Allegue, R., Carril, E., Kohen, V. y Tejería, S. (2014b). Violencia doméstica y psicoanálisis: Parte 2. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, 8(3), 73-85.
- Benjamin, J. (1996). *Los lazos de amor: Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Paidós.
- Bleichmar, H. (1997). *Avances en psicoterapia psicoanalítica: Hacia una técnica de intervenciones específicas*. Paidós.
- Bleichmar, S. (1999). Subjetividad y constitución del psiquismo. *Revista de Ateneo Psicoanalítico*, 2.
- Bleichmar, S. (2005). Sostener los paradigmas desprendiéndose del lastre. En S. Bleichmar, *La subjetividad en riesgo*. Topía.
- Bleichmar, S. (2014). *Las teorías sexuales en psicoanálisis: Qué permanece de ellas en la práctica actual*. Paidós.
- Blestcher, F. (2017). Psicoanálisis y género: Alegato por cierta a-normalización. *Psicoanálisis Ayer y Hoy*, 15. <https://www.elpsicoanalisis.org.ar/nota/psicoanalisis-y-genero-alegato-por-cierta-a-normalizacion/>
- Butler, J. (1993). *Bodies that matter: On the discursive limits of sex*. Routledge.
- Butler, J. (1999). *Gender trouble: Feminism and the subversion of identity*. Routledge.
- Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. Paidós. (Trabajo original publicado en 2004).
- Calvi, B. (2006). *Abuso sexual en la infancia: Efectos psíquicos*. Lugar.
- Carril, E. (2016). Abuso sexual infantil: Las marcas en la vida adulta. *Intercambio Psicoanalítico*, 4. [www.intercambiopsicoanalitico.com/wp-content/uploads/2022/07/MARSENAC.doc](http://www.intercambiopsicoanalitico.com/wp-content/uploads/2022/07/MARSENAC.doc)
- Carril, E. (2018). El género en el espacio psicoanalítico. *Topía*, 84, 22-24.
- Dimen, M. (2002). Deconstructing difference: Gender, splitting and transitional space. En D. Dimen y V. Goldner (ed.), *Gender en psychoanalytic space: Between clinic and culture* (pp. 41-61). Other.
- Dio Bleichmar, E. (1997). *La sexualidad femenina de la niña a la mujer*. Paidós.
- Fernández, A. M. (2009). *Las lógicas sexuales: Amor, política y violencias*. Nueva Visión.
- Freud, S. (1989). Duelo y melancolía. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 235-258). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917 [1915]).

- Fridman, I. (2019). *Violencia de género y psicoanálisis: Agonías impensables*. Lugar.
- Giberti, E. y Fernández, A. M. (comp.) (1989). *La mujer y la violencia invisible*. Paidós.
- Goldner, V. (2002). Toward a critical relational theory of gender. En M. Dimen y V. Goldner (ed.), *Gender in psychoanalytic space: Between clinic and culture* (pp. 63-90). Other.
- Goldner, V. (2004). When love hurts: Treating abusive relationships. *Psychoanalytic Inquiry*, 24(3), 346-372.
- Harris, A. (2002). Gender as a contradiction. En M. Dimen y V. Goldner (ed.), *Gender in psychoanalytic space: Between clinic and culture* (pp 91-118). Other.
- Harris, A. (2002). Gender as a contradiction. En M. Dimen y V. Goldner (ed.), *Gender in psychoanalytic space: Between clinic and culture* (pp. 91-115). Other.
- Harris, A. (2008). «Fathers» and «daughters». *Psychoanalytic Inquiry*, 28(1), 39-59.
- Hornstein, L. (2018). Escucha y práctica psicoanalítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 126, 106-121.
- Jiménez, J. P. (2004). Validez y validación del método psicoanalítico: Alegato sobre la necesidad del pluralismo metodológico y pragmático en psicoanálisis. *Aperturas Psicoanalíticas*, 18. <https://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=0000309>
- Laplanche, J. (1973). *Vida y muerte en psicoanálisis*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1970).
- Laplanche, J. (1988). *Problemáticas 2: Castración, simbolizaciones*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1980).
- Laplanche, J. (1989). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis: La seducción originaria*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1987).
- Laplanche, J. (1991). Algunas falsas vías del freudismo. *Trabajo del Psicoanálisis*, 4, 11-12.
- Laplanche, J. (2007). Le genre, le sexe, le sexual. En J. Laplanche, *La sexualité élargie au sens freudien* (pp. 153-193). PUF. (Trabajo original publicado en 2001).
- Lema, M. y Tejería, S. (junio de 2020). *Efectos de los movimientos sociales en la construcción clínica*. Ponencia presentada en actividad interna de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica. Inédito.
- Meler, I. (1997). Violencia entre los géneros: Cuestiones no pensadas o «impensables». *Actualidad Psicológica*, 22(247). [http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/bitstream/handle/123456789/1548/Meler\\_1997\\_ActPsi-247.pdf?sequence=1](http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/bitstream/handle/123456789/1548/Meler_1997_ActPsi-247.pdf?sequence=1)
- Mendy, A. M. y Quirici, T. (2000). *Hasta que la muerte los separe*. Trabajo presentado en las Jornadas Interdisciplinarias sobre Masculinidad, Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica, Montevideo.
- Monzón, I. (1999). Abuso sexual contra menores: Violencia de la desmentida. *Revista del Ateneo Psicoanalítico*, 2, 1-24.
- Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: Notas sobre la «economía política» del sexo. *Nueva Antropología*, 8(30), 95-145. (Trabajo original publicado en 1975).
- Tajer, D. (12 de mayo de 2020). Esta pandemia tiene muchos componentes de género. *El Grito del Sur*. <https://elgritodelsur.com.ar/2020/05/debora-tajer-psychoanalysis.html>
- Tajer, D. (2020). Sin el psicoanálisis no se puede: Con el psicoanálisis solo, no alcanza. En D. Tajer, *Psicoanálisis para todes*. Topía.
- Tort, M. (2016). La subjetivación patriarcal y la función paterna de rechazo a lo femenino. En M. Tort, *Las subjetividades patriarcales: Un psicoanálisis inserto en las transformaciones históricas* (pp. 67-78). Topía.
- Wallerstein, R. (1988). One psychoanalysis or many? *International Journal of Psycho-Analysis*, 69, 5-21.